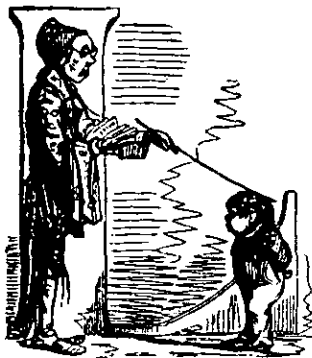


# La evolución de la función periodística

LUIS NÚÑEZ LADEVÉZE\*

## I.



a actividad periodística ha ido desarrollándose junto con el proceso de formación de la sociedad occidental ilustrada. Aunque los historiadores buscan precedentes helénicos y romanos, el periodismo, como labor profesional orientada a difundir información de interés público o de interés general, a través de medios técnicos a un destinatario colectivo y sin relaciones directas entre las personas que lo forman, es tan dependiente del desarrollo científico y, más concretamente, de la tecnología específica que permite distribuir la información de actualidad de un modo inmediato y generalizado, que cualquier precedente se puede considerar meramente analógico.

Esta relación entre actividad periodística y proceso científico técnico es más intensa de lo que una mirada superficial pudiera considerar. La creciente influencia

\* Español. Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, licenciado en Ciencias de la Información y Catedrático de la Universidad Complutense donde se ha especializado en lingüística textual y en su aplicación al estudio del lenguaje y del estilo periodísticos. Fundador y primer Jefe de la sección de Opinión de *Diario 16*. Editorialista del *diario ABC* y consejero ejecutivo del *diario Ya*. Director de Documentación de *TVE* y del Gabinete de Estudios de análisis de contenido de *RTVE*. Autor, entre otros, de *Crítica del discurso literario*, Madrid, 1974; *Lenguaje y comunicación*, Madrid, 1976; *El lenguaje de los 'media'*, Madrid, 1979; *La construcción del texto*, Madrid, 1991; *Manual para periodismo*, Barcelona, 1992; *Métodos de Redacción y fundamentos del estilo*, Madrid, 1993; *Teoría y práctica de la construcción del texto*, Barcelona, 1993. Pertenece a los Consejos Editoriales de la revista *Telos* y de *Nueva Revista*. E.Mail: ladeveze@eucmax.sim.ucm.es

de la información está ligada al proceso de democratización del conocimiento. Es un proceso complejo y equívoco, en el que hay que distinguir la democratización como «principio» de la democratización como «fin».

El principio democratizador comienza a tener influencia social con el «libre examen». Desde el momento en que la autoridad religiosa pierde el monopolio de la interpretación de los textos sagrados comienza a actuar socialmente la «libertad de cada conciencia» para adoptar una u otra interpretación. Pero eso no significa que cada conciencia interprete por sí misma los textos, sino que cada uno elige, por las razones que sea, una propuesta interpretativa entre la oferta de propuestas disponibles. La democratización como «fin» implicaría algo así como que cada conciencia dispusiera de su propia interpretación. Pero esto es mucho más complicado, porque las interpretaciones no son todas equiparables, sus fundamentos no son igualmente consistentes. El problema de la interpretación del texto no consiste simplemente en reconocer el derecho a ser intérprete sino, principalmente, en cómo apreciar la solvencia racional que permite elegir con fundamento una interpretación por resultar más consistente que otras. Esto significa que el proceso de democratización está a la vez condicionado por el proceso del conocimiento. No basta con tomar la iniciativa de interpretar para ser intérprete, hay que tener conocimientos, haber estudiado, saber lenguas. Así, pues, el derecho a examinar, a tener una interpretación, una opinión, es independiente del conocimiento, el fundamento o la solvencia para mantenerlas. La democracia como principio es un reconocimiento de derechos, el de expresarse, el de opinar, el de elegir cada uno como quiera, pero la democracia como fin no se basa en el derecho sino en el fundamento para discernir entre opiniones, para elegir y para distinguir entre conocimiento y retórica.

Los procesos históricos que promueven el principio democratizador, por un lado, y el fundamento cognosciti-

vo de la interpretación, por otro, son de signo contrario. Iniciado el proceso de reconocer a cada individuo el derecho a opinar como quiera, nada asegura que tenga un final democratizador, es decir, un final en el que los fundamentos de todos los individuos para elegir una u otra interpretación sean igualmente respetables, consistentes y razonables. Más bien, lo que se produce es una estratificación del conocimiento, de las opiniones y de las interpretaciones. Unas son más fundamentadas que otras. Entonces se plantea un problema nuevo que no se había presentado con tanta intensidad en ninguna otra sociedad hasta la irrupción de la modernidad ilustrada. Se trata del problema de la selección social de la autoridad cognoscitiva.

Antes, el intérprete autorizado era excluyente, el magisterio jerárquico al cual estaba subordinado el conocimiento teológico. Al proponerse Lutero como intérprete alternativo rompió un sistema social de reconocimiento público de la autoridad interpretativa. A partir de entonces resulta problemático lo que no lo había sido: cómo institucionalizar socialmente un proceso de selección del intérprete autorizado cuando todos los aspirantes a intérpretes están asistidos por el mismo derecho de interpretación. Es posible que este cambio no llegara a ser tan profundo si no fuera porque históricamente coincidió con otros cambios que contribuyeron a secularizar y extender el principio de libre examen transformándolo en principio de libre difusión de un conocimiento cuyo fundamento era independiente del reconocimiento de cualquier autoridad social, civil o eclesiástica.



El principio de «libre examen» que lleva implícito ese principio de democratización de la interpretación, no es más que un germen de lo que van a ser posteriormente los de libertad de expresión, de opinión y de información. La relación puede sintetizarse del siguiente modo: si se acepta que el examen bíblico es libre, ha de aceptarse que también es libre la difusión de interpretaciones distintas. La misma idea de «libertad de información»

tiene su origen en un embrionario principio de «libertad de difusión por medio de la imprenta». Pero la imprenta es una invención técnica que multiplica las posibilidades que ya había introducido la escritura de disociar la comunicación simbólica natural de la transmisión comunicativa por medios artificiales. ¿Cuáles son las ventajas sobre la comunicación oral que aporta el recurso a un medio artificial, como es la escritura? Ya Platón respondió a esta pregunta en el *Fedro* y en la *Carta Séptima*. La escritura evita el esfuerzo de memorizar el mensaje porque permite conservarlo. *Verba volant, scripta manent*, decía el viejo aforismo latino. Ya entonces Platón comprende que esa sustitución artificial de la memoria democratiza el conocimiento, porque facilita que muchas personas puedan acceder a esa información, pero también advierte que los efectos de la democratización son ambivalentes, pues permite a cualquier retórico presentarse ante la multitud como si tuviera un conocimiento profundo aunque no lo tenga. La revolución de la imprenta agranda decisivamente el problema que afronta Platón.

## II.

Históricamente considerada, la imprenta significa un salto cualitativo en las posibilidades de disociar la comunicación natural, ligada a la oralidad de la comunicación a través de medios artificiales. El medio modifica las condiciones naturales de la comunicación, modifica las circunstancias que la limitan. Ahora no sólo permite conservar el mensaje escrito, posibilita la distribución entre muchos más destinatarios. Aumenta la distancia, la velocidad y, a veces, la claridad de la transmisión. De este modo el principio democratizador del «libre examen» encuentra un aliado inesperado y eficazísimo en el proceso de invención tecnológica. Pero, a su vez, la invención tecnológica se fortalece de otro proceso interdependiente, que no aparece directamente ligado al de «libre examen» pero que es complementario, correlativo y coherente con éste hasta el punto de que puede confundirse con él, aunque se trata de algo distinto: la progresiva autonomía del conocimiento científico. Este proceso lleva igualmente aparejado el principio de democratización del conocimiento.

La actividad periodística propiamente dicha está ligada al nacimiento de la técnica, y ésta, al surgimiento de la ciencia moderna. El constante perfeccionamiento de los sistemas de impresión favorece la aparición del periodismo como actividad específicamente orientada a suministrar noticias y opiniones que los profesionales de las sociedades industriales necesitan para comprender cómo el posible curso de los acontecimientos, cómo las decisiones políticas, cómo las innovaciones técnicas pueden influir en sus vidas, en sus proyectos o en sus negocios. El hombre moderno en particular y, en un sentido lato, todo hombre en general, es un intérprete de sí mismo y de las circunstancias que lo rodean. El hombre primitivo es un intérprete natural, merodea el ambiente circundante para estudiar las circunstancias, el medio geofísico del que depende su vida, las condiciones que le permiten sobrevivir en situaciones en las que ha de doblegar la configuración de la naturaleza. El hombre moderno es, además, un intérprete histórico y, en especial, un intérprete de la actualidad. Son tantos los factores de los que depende o que pueden influir en su proyecto de vida, en sus previsiones o en sus planes, son tantos los aspectos que le comprometen, que necesita tener información constantemente para aumentar las probabilidades de orientarse con eficacia.

El resultado de unas elecciones municipales, locales o nacionales puede afectar sus expectativas de éxito económico o social. Cualquier ley, decreto o decisión del gobierno puede trastocar sus planes, exigirle una mayor contribución al erario, adaptarse a una nueva disposición que no había podido prever. Pero cuanto más aumentan las necesidades de obtener información más difícil resulta disponer de toda la que se necesita. De este modo la propia necesidad social de obtenerla suscita que haya quienes imaginen que facilitarla a quien la necesite puede ser un modo de especializarse en una tarea profesional intermediaria. El periodismo es, ante todo, un servicio de mediación entre quienes necesitan información, en principio todos los adultos en una sociedad industrial compleja, y quienes se dedican a la tarea de suministrarla, explotando las crecientes posibilidades que el progreso técnico promueve.

Un gran conjunto de circunstancias contribuye, pues, a convertir la actividad periodística en una función imprescindible en la sociedad industrial. La innovación tecnológica multiplica la capacidad de la maquinaria impresora. Pero no se trata sólo de cambios científicos. La propia aparición de la ciencia moderna entraña una importante transformación de las relaciones sociales. En esas profundas alteraciones producidas por la gestación de un nuevo tipo de conocimiento arraiga el periodismo como un ingrediente específico del proceso ilustrado de progresiva secularización democratizadora del saber y de la información. La actividad periodística pone a disposición de toda la población todo el conocimiento que necesita para que cada uno se oriente por sí mismo en el incesante cambio que la propia adición de nuevo conocimiento produce y renueva. Amplía, pues, la eficacia social del principio democratizador, lo extiende al ofrecer al destinatario la información que necesita y difundirla ilimitadamente.

Pero esa ampliación del principio democrático no lleva aparejada —ni puede llevarla— la difusión de un fin democratizador. Porque el principio democrático se basa en el reconocimiento del derecho de cada uno a elegir la información, la opinión o el conocimiento que desee, pero la objetividad, la consistencia y el valor del conocimiento no dependen del ejercicio que cada uno haga de su derecho a adoptarlo como válido. Lo que esto implica en la práctica es que el proceso democratizador basado en el reconocimiento del derecho individual a opinar como se quiera no es un mecanismo de integración social comunicativa, también lo es de diversificación y de atomización.

Pero veamos ahora cómo la aparición del conocimiento científico contribuye inmanentemente a consolidar el principio de democratización. Antes de la invención de la ciencia moderna el conocimiento empírico se concebía como una fuente auxiliar para la confirmación o desautorización de la filosofía especulativa. La enseñanza filosófica estaba a su vez orientada a profundizar en la relación entre el mundo sensible y los principios teológicos cuyo objeto era asegurar la correcta interpretación de las verdades reveladas. La Filosofía era, pues, un instrumento racional al servicio de la Teología, la cual era por su parte un

instrumento de conexión racional entre las verdades de fe y la razón. Su función era evitar las ambigüedades en que se podía incurrir a causa de que las distintas actitudes filosóficas abrían diversas posibilidades de interpretación. La conservación de la identidad doctrinal correspondía a la autoridad religiosa. Como el conocimiento empírico estaba subordinado al filosófico, éste al teológico y éste a la vigilancia doctrinal de la autoridad, puede colegirse que la ciencia premoderna no era autónoma de la vigilancia espiritual de la jerarquía religiosa cuyo fin era mantener incólume el depósito de la fe.

El nuevo conocimiento científico rompe con esa relación. Al descubrirse un modo de comprobar la verdad empírica que pone en cuestión el legado científico transmitido por la interpretación ptolemaica del mundo, se quebrantan implícitamente, no violentamente como Lutero, las seculares relaciones de dependencia entre un conocimiento empírico que se estimaba tan «fijo» como las «estrellas fijas» y el pensamiento filosófico. El nuevo conocimiento es meramente empírico, no concibe la experiencia como lo conocido por los sentidos sino como lo cognoscible, no como lo dado, sino como lo por descubrir, no como lo establecido sino como lo que, como objeto del conocimiento, puede modificar lo que, a través de los sentidos, nos parece establecido. El mundo «fijado» por los sentidos se pone a prueba. Hay mucho más allá, por conocer, de lo que nos parece que hay ante la vista. La propia Tierra es objeto de descubrimiento geográfico.

La ciencia nueva contradice la idea de que la experiencia es «fija» como lo son las «estrellas fijas», altera la secular aceptación de los sistemas ideados para prever los movimientos de los astros directamente relacionados con la aprehensión de los sentidos y desmiente la suposición aristotélica de que para pensar filosófica o teológicamente basta con limitarse a la urdimbre de relaciones establecidas por el conocimiento de lo inmediatamente sensible. Los descubrimientos astronómicos y la comprobación de la redondez de la Tierra trastorman los fundamentos establecidos durante dos milenios de cultura sobre el valor de la experiencia sensible directa. A partir de Copérnico comienza a abrirse paso la comprensión de que el progreso



pero no inherente al principio de libre opinión y al derecho a la libertad de expresión e información.

La información de actualidad adquiere una función integradora en una sociedad cada vez más atomizada y compleja. Socialmente más compleja, como consecuencia de la paulatina división del trabajo; intelectualmente, por la incesante acumulación de nuevo conocimiento; tecnológicamente, porque la aplicación de las ciencias renueva la técnicas de producción; políticamente, porque la complejidad económica va exigiendo la especialización burocrática; comercialmente, pues la transferencia de ciencia y de tecnología produce nuevas formas de intercambio mercantil y extiende la actividad comercial. Todos estos cambios requieren transmisión de información. Estar al día sobre las decisiones políticas, los cambios económicos y las disposiciones legales. El interés por tener información se objetiva.

El periodismo cumple una función intermediaria en la integración social mediante la difusión de todo tipo de información. A través de los flujos informativos la sociedad de especialización del conocimiento se estratifica en niveles, temas y tipos cognoscitivos diversos. La actividad periodística se convierte paulatinamente en el vehículo que conecta esa diversidad de clases sociales, intereses mercantiles, asociaciones laborales, especializaciones profesionales y gustos estéticos. Delimita el denominador común de la diversidad cultural, científica, política, comercial y técnica, y hace de la difusión de información un proceso homogeneizador que convierte al conjunto social en una *Jano bifronte*. Una misma sociedad del conocimiento especializado se transmuta en sociedad de información de masas.

La adaptación de la función periodística a estos cambios sociales es espontánea, no resultado de ningún tipo de planificación deliberada. Comprensibles estas modificaciones cuando, desde el presente se interpreta como desenlace de un devenir, resultan imprevisibles cuando, desde el presente, se trata de prever el devenir. La función social del periodismo se va consolidando durante un anárquico proceso de iniciativas individuales en la que el impulso principal procede del descubrimiento imaginativo de las

necesidades sociales encubiertas. No nace, pues, el periodismo como una profesión hecha, regulable, sino como un oficio individualista que va adaptándose a los requerimientos de la evolución técnica, cultural y científica. Pero es un oficio peculiar porque requiere disponer de una destreza específica, la capacidad de expresarse literariamente.

#### IV.

En un ambiente social mayoritariamente analfabeto, los primeros oficiantes de periodista, todavía con una conciencia embrionaria de practicar un oficio específico, se distinguen socialmente por aplicar la destreza literaria a la función de criticar, informar y persuadir. No es que el oficio tenga un origen literario de naturaleza artística. Más bien hay que suponer lo contrario, el literato, el escritor muchas veces fracasado, otras en busca de un éxito que no acaba de llegar, va encontrando en la función periodística, a medida que se amplía, el modo de hacer del arte de la literatura un oficio. Pero la función periodística no consiste en hacer de la información, literatura, sino en buscar la información que la sociedad necesita y redactarla. La razón por la que el periodismo aparece ligado a la literatura es adjetiva, se debe a que las noticias y las opiniones hay que redactarlas para que se difundan ya que, hasta que no se inventa la radio, la difusión de la información no es desvinculable del perfeccionamiento de las técnicas de impresión.

Pero, ¿qué tipo de información hay que seleccionar? ¿Quién decide y por qué? Parece obvio que el periodista es quien selecciona y decide la información que hay que difundir ya que es quien la busca, la redacta y la imprime para difundirla. Sin embargo, todas esas tareas las realiza condicionado por la libre aceptación social de su producto, que no deja de ser una modalidad de mercancía de un mercado abierto. Es el destinatario, el lector, el público quien necesita orientarse, decide qué tipo de información le interesa y la adquiere. Un largo proceso de adaptación a la multiplicidad de requerimientos sociales va condicionando los modos de producción periodística, de perfeccionamiento de las técnicas de redacción y de los criterios de selección informativa. Estas respuestas son diversas porque proceden de una

sociedad estratificada, en la que la distribución del conocimiento es desigual, los gustos estéticos variables y las preferencias culturales muy distintas unas de otras. El periodismo como sistema de integración de las necesidades informativas de una sociedad que es simultáneamente sociedad de masas y del conocimiento, sociedad de creatividad estética y de homogeneidad cultural tiende a satisfacer esa variable multiplicidad, adaptándose a esas diferencias, generalizando los aspectos comunes y reproduciendo la estratificación social.

En el mundo actual, de cara al tercer milenio, nadie duda de que el periodismo es una profesión liberal. Y, además, una profesión importante. Al decir «importante» no pretendo situarla por encima de otras profesiones ni en dignidad ni en rango. Lo que trato de enfatizar es que, para la concepción y la práctica social de nuestras sociedades industriales, sean o no democráticas, pero, especialmente, si lo son tanto como sería deseable, el periodismo, como instrumento de conformación de la opinión pública, es una actividad insoslayable. Pero, como actividad profesional, resulta equívoca. La equívocidad procede de que las necesidades informativas que han de satisfacerse son desiguales y requiere tipos de habilidades y de conocimientos muy diversos que no siempre van ligados, como ocurre con otras profesiones, a la adquisición de conocimientos mediante un aprendizaje específico.

Son profesiones liberales aquellas cuya especialización está vinculada a la división del conocimiento. Comienzan siendo oficios pero, en la medida en que su ejercicio requiere un previo aprendizaje intelectual y en que la investigación científica amplía el campo de conocimientos que deben aprenderse para ejercerla van convirtiéndose en profesiones y distinguiéndose de los oficios y de las artesanías. La profesión se estudia. El oficio se aprende en el taller, ejercitándose el aprendiz a través de la instrucción práctica del maestro, quien corrige hábitos y disposiciones. Las ar-

tes son singularizaciones ornamentales de los oficios, los cuales se caracterizan por ser funcionales. La arquitectura y la literatura rompen el esquema. Para construir hace falta saber. El arquitecto calcula, mide, dirige, proyecta y estudia. El escritor tiene que aprender a escribir. Los usos a que puede aplicarse ese aprendizaje son tan diversos que comprende una gran variedad de profesiones y de artes. El moderno proceso de especialización profesional está ligado a la escritura, pues lo escrito permite la conservación, transmisión y difusión del viejo conocimiento y, lo que es más importante, la reflexión y la crítica. Pero el oficio de escribir no tiene por qué ir ligado a la transmisión del nuevo conocimiento. Las preceptivas retóricas y poéticas son antiguas. Escribir literariamente es equivalente a compartir una tradición, adoptar un estilo, incorporar una práctica. El escritor literario no es un profesional sino un artista que aprende por inspiración desarrollando su habilidad expresiva, su soltura, adoptando un estilo o innovando nuevas formas expresivas.

La actividad periodística no nace vinculada a la difusión del nuevo conocimiento sino al uso de que es objeto y las modificaciones sociales que acarrea. El uso de una técnica o de una máquina no implica el conocimiento de la teoría que hay que aprender para construirla. No es el ingeniero quien conduce mejor el automóvil, ni siquiera hace falta serlo para repararlo. El servicio periodístico no se orienta a la transmisión del conocimiento sino a la información sobre las decisiones que condicionan su uso social. Para informar, para influir, para opinar y persuadir no hace falta conocer, basta con saber escribir. La actividad periodística prende, originariamente, entre escritores que dedican su habilidad al oficio de informar y de opinar. Pero la variedad de temas y de intereses es tan grande, los procesos de racionalización burocrática de las decisiones tan complejos y las motivaciones de las decisiones políticas tan sutiles que un mínimo de especialización temática y cognoscitiva se hacen más o menos



imprescindibles para según qué tipo de difusión de información o de opinión.

Tanto la actividad profesional del periodismo como su enseñanza, son controvertidos. ¿Se aprende a ser periodista en la Universidad o en la redacción? Creo que hay que distinguir dos planos distintos, el de la preparación profesional y el del ejercicio del oficio. Es verdad que el mejor modo de aprender el oficio periodístico es ejercerlo en una redacción, pero eso ocurre con toda profesión cuando hay que vivirla como tarea práctica. La práctica de informar es diferenciable de la preparación que habilita para ejercerla más plenamente. Creo que es bastante obvio que para ejercer eficazmente un periodismo de «calidad» se necesita una preparación universitaria especializada. El periodismo es, en este sentido, una profesión y no un oficio. Pero muchos periodistas que no vacilarían en afirmar que ejercen una profesión tienen, a la hora de la verdad, un concepto de su trabajo más artesanal que profesional. Si se les preguntara, como yo he hecho muchas veces, si consideran que el periodismo es una tarea artesana o un trabajo profesional, unánimemente afirman que se trata de un trabajo y que el periodista es un profesional de la selección, elaboración y expresión de la información. Sin embargo, a la hora de explicar sus ideas sobre cómo ha de enseñarse y cómo ha de regularse la actividad periodística, resulta claro que sus planteamientos son los propios de quien concibe ese trabajo como una tarea artesana. Piensan que la mejor escuela de aprendizaje es el taller de la redacción. Pero ese taller no proporciona conocimientos sistemáticos de los que un periodista actualmente no puede prescindir: derecho internacional, derecho constitucional, sistemas informativos, fiscales, sociología, relaciones internacionales, formación lingüística, literaria, económica, por enumerar algunos aspectos imprescindibles.

Otro asunto discutible es si la tendencia a la especialización no aconsejaría que los periodistas procedieran no de estudios genéricos de facultades o escuelas de comunicación sino de carreras específicas como derecho, economía o ciencias políticas. Pero el periodismo no es especializa-

ción sino mediación entre los intereses genéricos y los conocimientos especializados. Y tiene también un componente vocacional difícilmente reductible, porque la labor informativa es muy distinta del trabajo del especialista que ejerce su profesión.

Desgraciadamente la enseñanza de las profesiones universitarias, incluida, y esto es aún más motivo de lamentación, el periodismo, no se distingue por el cultivo de la lengua, por potenciar sus posibilidades expresivas y literarias. Los especialistas se hacen cómplices de una jerga extraña que a ellos les parece precisa y justa sin advertir que muchas veces es superflua y otras el resultado de la contaminación de los modos expresivos de lenguas extranjeras, principalmente del inglés. En tanto profesional que se comunica en un ámbito específico no necesita modificar su lenguaje. En tanto periodista que informa a los demás de lo que ocurre en ese ámbito es muy conveniente que pueda trascenderlo. Su formación literaria debe orientarse a que pueda prescindir en lo posible de las terminologías y de los vocablos jergales mediante un dominio de los aspectos universales, humanísticos y culturales del idioma. Tiene que conocer, además, las posibilidades técnicas de la transmisión escrita u oral, el lenguaje de las imágenes, y los métodos de selección y evaluación de la información y los condicionamientos de la innovación tecnológica.

Mientras nos aproximamos al tercer milenio se atisba que la importante renovación tecnológica ligada a las técnicas de informatización y digitalización ofrece innumerables posibilidades para el surgimiento de nuevas modalidades de periodismo. El mundo de *internet* presenta un inmenso espacio a mediaciones informativas. Será necesario formar expertos que sepan servir la información idónea, lo más rápidamente posible, a quien la necesita. Lo mismo ocurrirá con la profusión de ofertas televisivas digitales, cableadas o por satélite, y videofónicas. El periodismo tradicional seguirá existiendo con algunas adaptaciones, pero, al igual que ocurrió con la aparición de la televisión, nuevas formas de ejercerlo se abren a la imaginación de los audaces que sepan arriesgarse para encontrarlas.